

■ UNA VACANTE EN LA REAL ■
ACADEMIA DE LA LENGUA.
EN EL OTOÑO DE 1904

Juan Antonio Marrero Cabrera

El duelo nacional por la prematura muerte, a los 24 años, de la Princesa de Asturias hace que pase desapercibida la noticia de la inmediata puesta en circulación de los nuevos y casi inalcanzables billetes de 100 pesetas.

También en estos primeros días del otoño de 1904, un artículo aparecido en *El Socialista* cuesta un mes y veintiún días de arresto mayor y 125 pesetas de multa a Pablo Iglesias.

Sin embargo, nadie parece condenar al autor de la publicidad de «La Parrilla Argentina» (asador moderno privilegiado, indispensable en toda cocina) que aturde a los lectores de *El Globo* con unos ripios como éstos:

«Esta parrilla, jamás
echa a perder un asado;
pruébala y exclamarás
ante su efecto admirado:
¡No se puede pedir más!
¿Y hay quien compre otras parrillas
venidas del extranjero
para asar con poco esmero
y convertir en astillas
la carne del matadero?»

Claro que, en el extranjero, están muy ocupados leyendo las últimas traducciones de los libros de Palacio Valdés, Galdós y del propio Blasco Ibáñez que acaba de recibir una edición esmeradísima y lujosa de su novela *Entre Naranjos* en versión holandesa.

Pero los que están de enhorabuena son los amigos y admiradores de Pérez Galdós por el éxito del *Electra* que está a punto de alcanzar las doscientas representaciones en el teatro de la Porte Saint Martin.

Y entre los principales seguidores de D. Benito destaca un joven lanzaroteño, José Betancourt Cabrera que ha llevado su devoción por el



1. D. Benito Pérez Galdós, *El Teatro*, 1900-1901.

maestro a utilizar como seudónimo literario el nombre de uno de sus más famosos personajes: Angel Guerra.

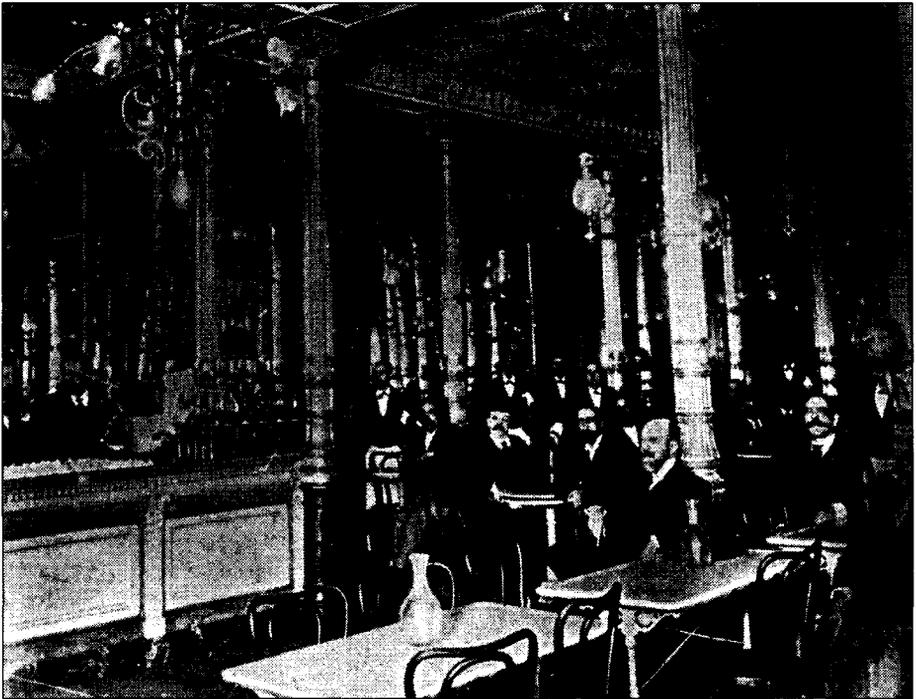
Ferviente admirador y discípulo, amigo, paisano y protegido del genial autor grancanario, José Betancourt-Angel Guerra, que acaba de cumplir los treinta años, ha pasado de colaborar en la prensa insular a convertirse en una fecundísima pluma de los grandes periódicos nacionales.

Angel Guerra llega a Madrid con el nuevo siglo y trae, como él, un bagaje de ilusiones. Y la suprema es llegar a tener un nombre como escritor.

Atrás deja su «isla seca»: Lanzarote, y un «viejo pueblo ruinoso y polvoriento rendido al paso de los siglos»: la villa de Teguise. «Un olvidado pueblo de esa bellísima tierra».

Su gran trabajo en Gran Canaria en el *Defensor de la Patria*, en la *Crónica* y en el *Cronista* le ha proporcionado «oficio». Un «oficio» de periodista que, sin embargo, en los primeros tiempos de su llegada a Madrid no le sirve para introducirse en el difícil y saturado mundillo político-periodístico y literario de la «capital de las Españas».

Una lucha que se traduce en sus artículos enviados al *Diario de Las Palmas*: «Muchas de las tertulias literarias no son más que pagodas indi-



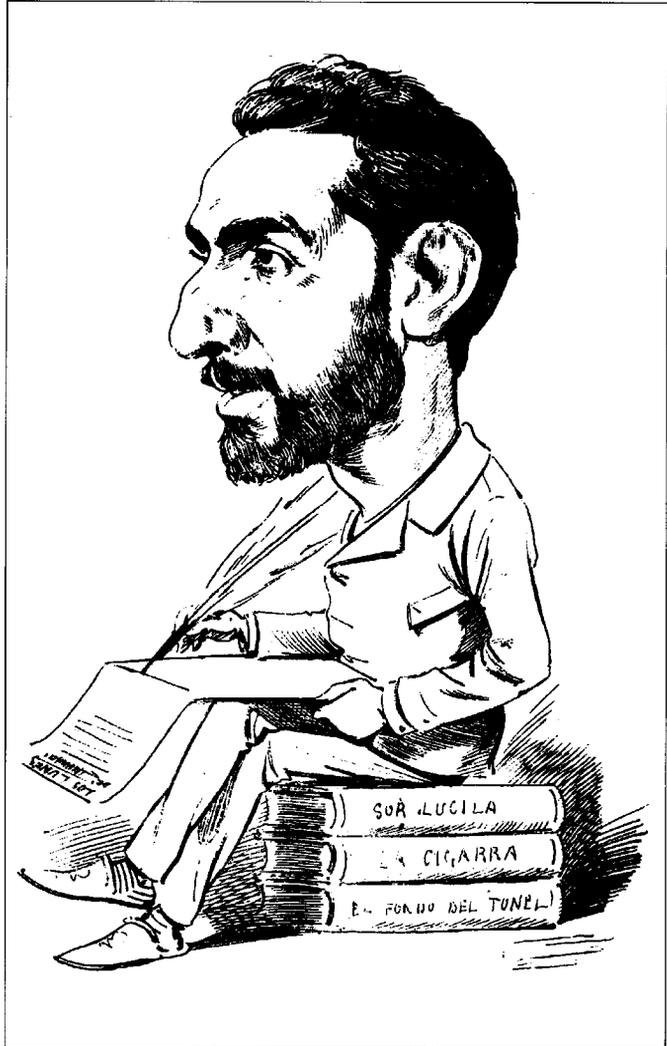
2. Interior de un café de la Puerta del Sol.

cas de conjuraciones y chismorreo, y mesas de disección en que anatómicamente se analizan las obras y las personalidades con habilidades de cirujano y con brutalidades de enterrador».

Es el choque de lo que él explica como: «su alma virgen de provinciano franco y honradote, todavía con la ruda corteza de mi nativa tierra», con la dura realidad capitalina.

Pero muy pronto su fecundísima pluma, su ilusión inagotable, su ingenio y sencillez de hombre de bien y las orientaciones de su maestro Galdós, le abren las páginas de los periódicos madrileños en los que empieza a destacar con luz propia.

Primero será el *Heraldo de Madrid* y luego *El Liberal*, hasta formar parte de la redacción de *La Época*. En 1903 figura en el equipo que echa a andar la revista *España* y Ortega Munilla, por recomendación de Galdós, le incluye entre los colaboradores de *El Imparcial*.



3. José Ortega Munilla.

«Sus obras le han dado honores y fama de novelista. Mezcla sueños, dicha, amores, pájaros, brisas y flores... y cádate la revista.»

En 1904, poco antes de hacer las críticas del triunfo de los hermanos Álvarez Quintero en el teatro Lara con *El amor que pasa*, del éxito de la Zarzuela de Maximiliano Thous y José Serrano, *La Casita Blanca*, y el fracaso de Fernández Shaw y Chapí en *La Puñalada*, Ángel Guerra iba a iniciar, en las páginas de *El Globo*, una memorable «campana de prensa».



4. José Betancourt Cabrera («Ángel Guerra»). Hombre de amistad sincera y maestro sencillo, llano y amable.

Pero dejemos que sea el propio Angel Guerra, desde la primera página de *El Globo* del 25 de octubre de 1904, quien lance la proclama de la más justa candidatura a un puesto de la Real Academia, bajo el título:

UN CANDIDATO
ARMANDO PALACIO VALDÉS

Hay un sillón vacante en la Academia Española. Respondiendo á devociones de admiración muy hondas, con toda clase de respetos y con humilde voz, yo me adelanto á dar nombre para una candidatura, que tengo la evidencia que apoyará toda la gente de letras: Palacio Valdés.

Novelista singular, cuya pluma ha sabido reflejar en admirables páginas literarias, con delicado arte de creación, lo más pintoresco é íntimo de la vida de nuestro pueblo, añadiendo á sus méritos de colorista en el paisaje, un grato «sprit» de costumbrista magistral, Palacio Valdés representa, en las letras españolas, una de las figuras más sobresalientes de la novela contemporánea...

... Ha tiempo que está pendiente esa deuda de honrar al ilustre escritor. No tengo certidumbre de ello, pero quiero recordar que, hace años, el insigne Cavia, maestro celebrado, habló de la necesidad de un agasajo público que testimoniase la admiración silenciosa que se consagra á Palacio Valdés en España. No falla mi memoria, porque la lectura ha sido más reciente, al decir que Galdós, en un prólogo, aún con la tinta húmeda, que pusiera á un libro del malogrado «Clarín», declaraba la urgencia de pagar la deuda pendiente con el autor de *La Hermana San Sulpicio*, y, sinceramente, como mandato de un deber literario, manifestaba su opinión de que no era posible retardar por más tiempo el ingreso de Palacio Valdés en la Academia Española, en homenaje a los talentos singulares del escritor consagrado, con laboriosidad de benedictino, en soledad y sin buscar aplausos, á engrandecer y magnificar la novela española contemporánea, que, con su plenitud de arte, enaltece y honra.

Si á la Academia Española, por costumbre ya establecida, van los escritores ilustres que merecen señalados honores; si los sillones académicos deben ocuparlos los artistas literarios, que trabajan y pulen el habla castellana haciéndola viva y ágil, flexible y gráfica, llevando a ella la sangre nueva de las expresiones populares que recogen en el ambiente de la calle, para que no se fosilice, ni se corrompa en manos de secos lingüistas, como carne muerta en pudridero; si en el seno de la Academia Española deben recibir consagración de inmortales los que á ella tienen derecho, y para conseguirla basta solamente á la petición presentar una brillante historia artística, abolengo de gloria, blasón de altos hechos, «grandeza de España» en la república de las letras que han ennoblecido, allende los siglos, peregrinos ingenios y andantes caballeros del ideal, vengamos todos á un común acuerdo, y abramos paso, descubriendo las cabezas en señal de respeto, para que, con el aplauso de todos los cultivadores del arte, haga su ingreso solemnemente en la Academia Española don Armando Palacio Valdés.

Como maestros de la novela española, lo recibirán con abrazo de hermanos en letras y en glorias, Valera, Galdós, Pereda, Ortega Munilla y Picón. ¿No entraron ellos en calidad de novelistas?

Justo es que ellos sean los que abran las puertas de la Academia al compañero y amigo, cuya ausencia, desde ha tiempo, deben lamentar. Si en espera de ocasión se impacientaban por la tardanza en ingresar Pala-

PRECIOS DE SUSCRIPCION

EL GLOBO

ESCRIBANOS Y ANUNCIOS

Director: ANTONIO G. GALDÓS

Diario independiente.

Número cuatro 3 octubres

OPORTUNAS: MATUTIN. 8. MADRUG. 10. NOCHURN. 17/2

MAQUINAS: INDEPENDIENTE

El debate de ayer

El debate de ayer... se celebró en el Congreso... sobre el proyecto de ley...

El debate de ayer... continuó con la lectura... de los artículos...

El debate de ayer... se dio lugar a una... discusión muy interesante...

El debate de ayer... finalizó con la... votación del proyecto...

El debate de ayer... se celebró en el... salón de sesiones...

Politica

Politica... se celebró en el Congreso... sobre el proyecto de ley...

Politica... se dio lugar a una... discusión muy interesante...

Politica... se celebró en el... salón de sesiones...

El debate de ayer... se celebró en el Congreso... sobre el proyecto de ley...

El debate de ayer... continuó con la lectura... de los artículos...

El debate de ayer... se dio lugar a una... discusión muy interesante...

El debate de ayer... finalizó con la... votación del proyecto...

El debate de ayer... se celebró en el... salón de sesiones...

El debate de ayer... se celebró en el Congreso... sobre el proyecto de ley...

El debate de ayer... continuó con la lectura... de los artículos...

El debate de ayer... se dio lugar a una... discusión muy interesante...

El debate de ayer... finalizó con la... votación del proyecto...

El debate de ayer... se celebró en el... salón de sesiones...

El debate de ayer... se celebró en el Congreso... sobre el proyecto de ley...

El debate de ayer... continuó con la lectura... de los artículos...

El debate de ayer... se dio lugar a una... discusión muy interesante...

El debate de ayer... finalizó con la... votación del proyecto...

El debate de ayer... se celebró en el... salón de sesiones...

El debate de ayer... se celebró en el Congreso... sobre el proyecto de ley...

El debate de ayer... continuó con la lectura... de los artículos...

El debate de ayer... se dio lugar a una... discusión muy interesante...

El debate de ayer... finalizó con la... votación del proyecto...

El debate de ayer... se celebró en el... salón de sesiones...

El debate de ayer... se celebró en el Congreso... sobre el proyecto de ley...

El debate de ayer... continuó con la lectura... de los artículos...

El debate de ayer... se dio lugar a una... discusión muy interesante...

El debate de ayer... finalizó con la... votación del proyecto...

El debate de ayer... se celebró en el... salón de sesiones...

El debate de ayer... se celebró en el Congreso... sobre el proyecto de ley...

El debate de ayer... continuó con la lectura... de los artículos...

El debate de ayer... se dio lugar a una... discusión muy interesante...

El debate de ayer... finalizó con la... votación del proyecto...

El debate de ayer... se celebró en el... salón de sesiones...

UN CANDIDATO

Armando Palacio Valdés

Hay un sólo candidato en la Asamblea... Armando Palacio Valdés...

Hay un sólo candidato en la Asamblea... Armando Palacio Valdés...

Guillermo Rances

Trabaja el industrial que vive en el campo... Guillermo Rances...

DE BARCELONA

El Hospital de la Misericordia... de Barcelona...

LOS LIBERALES

Como una flor que crece en el campo... Los Liberales...

LOS LIBERALES

Como una flor que crece en el campo... Los Liberales...

cio Valdés, pueden en estos momentos llamarlo á su compañía. Y así será.

Por mi parte, no es mi empeño otro que recordar la deuda pendiente, y salir al encuentro de la preterición ó el olvido. Ni quito ni pongo rey. A la fecha ignoro quiénes pretenden la investidura académica; pero añado, con lealtad, que al repasar la lista de nombres que honran la literatura patria, no encuentro uno siquiera que, con osada arrogancia, pueda disputar al maestro de maestros, con mejores títulos, ese honor que por derecho y en justicia, le corresponde.

A plumas de más brío y fama entrego la propuesta de candidato para que, al poner al pie las firmas, pongan también la autoridad que á este artículo le falta. Y queda en paz mi conciencia con este respiro de mis simpatías y de mis devociones artísticas, muy hondas y efusivamente sinceras.

Angel GUERRA

La polémica está magistralmente servida, empieza el turno de «los maestros ya consagrados y los jóvenes escritores que ahora batallan con la pluma».

A pesar de que: «las galas retóricas... me parecen adornos de cementerio, cosas rancias que huelen a muerto», uno de los primeros en contestar es *Pío Baroja*. Y eso que no es, precisamente, un admirador de *Palacio Valdés*. De paso, con su racional indiferencia, deja caer la debatida cuestión de *D.^a Emilia Pardo Bazán*:

Querido amigo: Yo todavía no he llegado a comprender bien la utilidad de la Academia. Por ahora, me parece una de las muchas entidades, Corporaciones, Asociaciones ó lo que sea que no sirve para nada.

El lenguaje es una cosa viva que degenerándose y cambiando y descomponiéndose, va marchando y enriqueciéndose, y el querer sujetarlo y reducirlo, me parece una simpleza.

Ahora hay la costumbre de llevar a la Academia á los hombres ilustres por las letras, y entre éstos, entre los de ahora, entre los que no han entrado todavía en la docta Corporación, los de más méritos y prestigios me parecen la Pardo Bazán y Palacio Valdés. Doña Emilia no puede entrar por razón de su sexo; entre don Armando Palacio Valdés.—Pío Baroja.

Nicolás Estévez y Murphy, el viejo político, escritor y brigadier canario, que a veces usaba el pseudónimo de «*Estevanillo*», responde con socarronería isleña a la pregunta de su paisano:

«¿A mí me consulta usted sobre candidaturas de académicos? ¿A mí?... Vaya, pues evacuaremos la consulta.

¿Que qué pienso de la candidatura de Palacio Valdés?

Que me parece mal y voto en contra, si Palacio Valdés, al entrar en la Academia, cueлга la pluma, como tantos otros.

Pero si no considera la Academia como cuartel de inválidos, y prosigue la tarea que le ha valido su envidiable fama, entonces ¡ah!..., como dicen algunos diputados, voto en pro.

De todos modos, no ha de faltar vacante para él, pues los académicos, igual que los senadores vitalicios, van a tener un invierno desastroso.

Estévez.»



6. La tertulia de Pío Baroja (1924).

Un periodista, el «*doctor Fausto*» se «extraña» de que aún no sea académico *Palacio Valdés*.

Otro periodista, *Luis López Ballesteros*, antiguo directo de *El Imparcial* y gobernador de Málaga, se adhiere resaltando que allí «debiera estar hace mucho tiempo, si en aquella casa se entrara siempre por las puertas del mérito y de la justicia».

Un buen novelista, el director de la revista *La Lectura*, contesta, también, inmediatamente:

«Si por sufragio popular se eligiesen académicos, es seguro que la vacante de hoy no correspondería á *Palacio Valdés*, ni á la *Pardo Bazán*, ni á *Blasco Ibáñez*, porque ya los tres estarían dentro, al lado de *Valera*, de *Galdós* y de *Picón*.—*Francisco Acebal*.»

Zeda, el crítico teatral de *Epoca*, apoya la propuesta de su compañero firmando con su nombre completo, *Francisco Fernández Villegas*.

Antonio Palomero, también conocido como *Gil Parrado*, el viejo poeta y escritor que, con sus bigotes a lo «kaiser» popularizara en *El País* la sección en verso «*La Comedia Humana*», apoyó la candidatura desde la redacción de *ABC*.

El célebre crítico «*Andrenio*» contestó así a la convocatoria:

Sr. D. José Betancourt:

Estimado compañero: La iniciativa de usted á favor de la candidatura de *Palacio Valdés*, para la plaza vacante en la Academia Española, me parece muy bien y la deseo mejor fortuna de la que tuvieron las campañas de «*Clarín*» en el mismo sentido. El autor de *Maximina* debía ser académico hace mucho tiempo. Esperemos que «quieran» ahora los que

pueden hacerlo. Y como no se trata de hacer, con tal motivo, literatura, sino de decir cada uno su parecer y yo ya lo he dicho, se despide de usted su afectísimo seguro servidor, q. b. s. m., E. Gómez de Baquero.

Con toda justicia apoya la candidatura el sincero y sencillo poeta *Vicente Medina* que escribe y defiende el «murciano» de su terruño como «un castellano claro, flexible y musical, matizado con algunos provincialismos de carácter árabe, catalán y aragonés.

Otro periodista, *José León*, opina que la futura elección «no será más que el “visto bueno” puesto debajo de la opinión literaria».

Uno de los autores cuya biografía hubiera sido, sin duda, su mejor novela, que él mismo reconocía diciendo: «Soy un hombre que vive, y, además cuando le queda tiempo para ello, escribe», encabezaba las columnas de *El Globo* el 27 de octubre de 1904:

Sr. D. Angel Guerra.

Querido amigo y compañero: Apenas si tengo una vaga noción de lo que pueda ser la Academia Española.

Sólo sé que los señores que en ella figuran (y de los cuales apenas si el público conoce el nombre de una docena), rezan un Padrenuestro al principio de sus reuniones.

Si el entrar en esta Corporación significa algo de homenaje público y de una nueva gloria para el maestro Palacio Valdés, sea en buena hora.

Palacio Valdés fue el ídolo de los mayores entusiasmos de mi juventud, y es hoy una de mis admiraciones más arraigadas. Sólo le conozco por sus libros; pero los que le tratan personalmente, me dicen que vive junto al Retiro, trabajando en su estudio ó paseando por las solitarias avenidas del vecino parque, en ese altivo aislamiento del artista que, acostumbrado al continuo contacto con la severa belleza de la vida universal, no siente el hambre de las jerarquías y los honores oficiales.

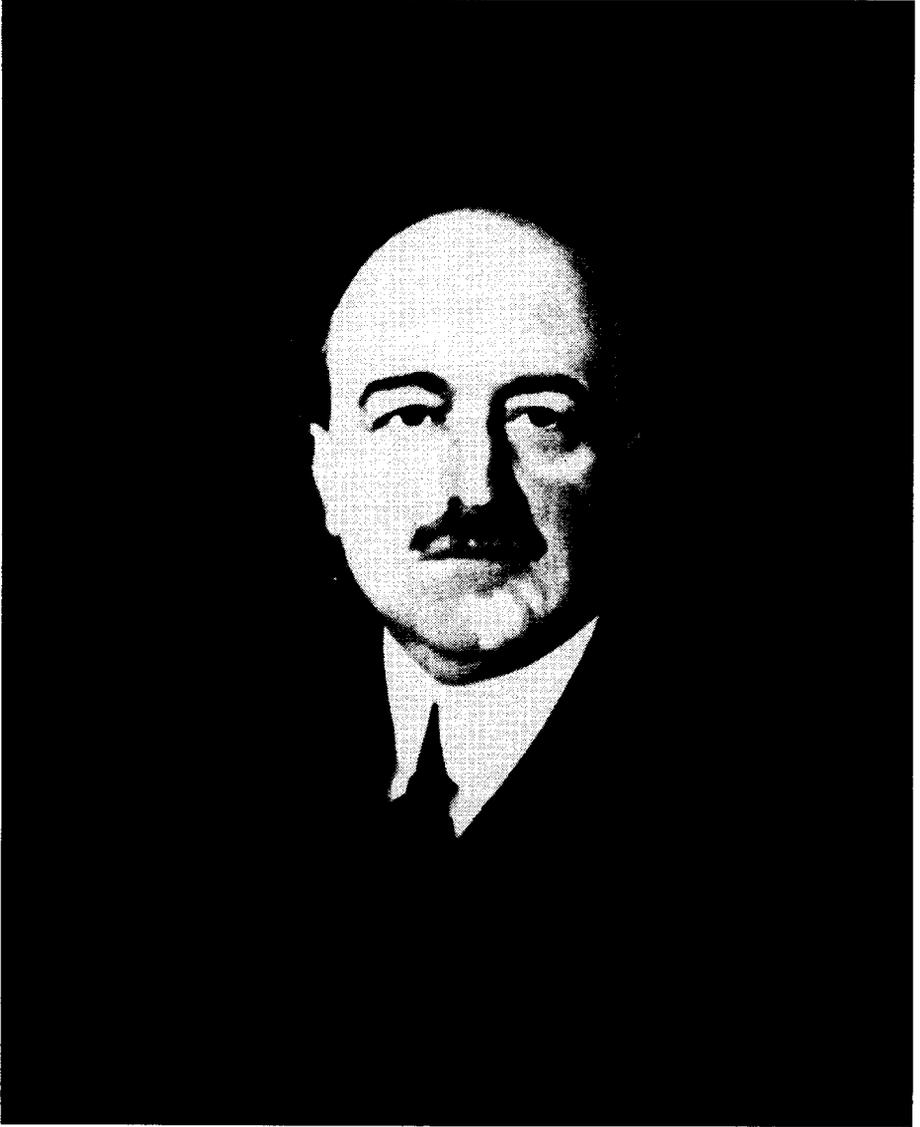
No me interesa gran cosa que Palacio Valdés sea académico, desde que veo que lo son los jefes de los grupos parlamentarios, y la Academia parece un rabo del Congreso. El Palacio Valdés de mis adoraciones es el de «Marta y María», el artista vigoroso, el enemigo de esa España decrepita y fanática, que aún se mantiene en pie.—V. Blasco Ibáñez.

Antonio Garrido y Villazán, redactor-jefe de la *Ilustración Española y Americana*, sostiene el «derecho propio» del candidato a sentarse entre los inmortales.

Desde sus venerables barbas blancas, *Antonio Sánchez Pérez*, periodista y catedrático de matemáticas, apoya al excelente novelador que es el autor de *El Señorito Octavio*.

Aunque el perseguido republicano no es, desde luego, partidario de las Reales Academias, «en cuyos estatutos y en cuyos procederes veo mucho de arcaico, incompatible con mi manera de sentir y de pensar».

Más profético resultó el barbudo político y periodista *Salvador Canals y Vilaró*, no en vano Secretario de Prensa de don *Antonio Maura* y fundador de una de las mejores revistas en su género de España: el *Diario del Teatro*, al afirmar: «Ya verá usted, sin embargo, como se atraviesa en su



7. Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928). Retrato

camino algún fabricante de discursos que anda rondando la Academia, y a quien apadrinan ¡precisamente! académicos literatos».

Un historiador de la autoridad de *Rafael Altamira* alega que «digan lo que quieran algunos Aristarcos, *Palacio Valdés* es un escritor consagrado por numerosos éxitos y querido y admirado sin interrupción por un pú-

blico que representa todas las formas de aprobación que un literato puede desear».

El Rector de la Universidad de Salamanca, que no puede ocultar su aborrecimiento por la politiquería y el parlamentarismo, muestra su eterno espíritu de contradicción y su inmovible espíritu de independencia en este auténtico ensayo sobre la Academia que constituye su contestación:

Amigo Betancourt: Contesto á su carta apenas la recibo. Es que toca usted un punto sobre el que he pensado escribir más de una vez, desde que, con motivo de aquello de haber elegido á Commelerán, y no a D. Benito, armó la Prensa una zapatiesta, embrollándolo todo y confundiendo las cosas.



8. Don Miguel de Unamuno. Retrato

Me pregunta usted si creo que deben elegir a Palacio Valdés para académico de la Lengua. Y dejando de lado el que no doy importancia alguna á lo de ser académico, y fuera de las dietas, maldito lo que la cosa vale, he de decirle que eso depende de cómo queramos considerar a la Academia Española de la Lengua. Distingo, pues.

Si la Academia ha de ser un panteón de escritores ilustres, una especie de Legión de Honor de publicistas, novelistas, dramaturgos, poetas, etc., residentes en Madrid, entonces santo y muy bueno; nadie con más derechos que Palacio Valdés.

Pero en este caso no se le pidan á la Academia informes técnicos, ni que haga gramáticas y diccionarios; y si los hace, no se ensañe nadie con ella por las enormidades que pueda cometer, como las del último Diccionario, cuya parte etimológica es un baldón de ignominia y un anatema de la más supina ignorancia.

Pero si se quiere que la Academia haga trabajos científicos sobre la lengua y hasta legisle sobre ella —lo cual es una barbaridad— entonces no sé qué hacen en la Academia los más de los ilustres escritores que la componen, que pueden escribir admirablemente bien y no saben una palabra de cosas de lingüística.

Tanto valdría llevar á la Academia de Medicina á un acróbata que dé saltos prodigiosos para que les ilustre sobre la fisiología de los músculos, ó á uno que digiere filetes de patrona, para que informe sobre las funciones de la digestión.

Cualquier latinista moderno de alguna ciencia, sabe muchísimo más sobre la estructura y vida de la lengua latina, que sabía Cicerón.

Si la Academia ha de ser un Centro que regule y rija el proceso de la lengua —y ello es absurdo— los más de los castizos hablistas (los supongo tales) que la forman, pueden ser hasta nocivos. No hay espíritus más estrechos ni más llenos de prejuicios respecto al idioma, que los que pasan por grandes cultivadores de él.

Entre enhorabuena Palacio Valdés en la Academia —aunque esto no añada un ápice a su gloria— pero si luego resulta que no sabe de achaques de lingüística, y vuelve a salir un Epitome de gramática, v. gr., como el que tengo aquí al lado, y que es la más ridícula mamarrachada, no se culpe a la Academia.

También le diré, en honor a la verdad, que los más que han entrado en ella en concepto de lingüistas o filólogos, no son menos dañinos que los otros, porque creen saber y no saben. Allí está el de la «harmonía», que carece de sentido científico en cosas de lengua, y se contrae á labor de traperero, recogiendo modismos de librotos viejos, y escribiendo el castellano como los humanistas del Renacimiento el latín, como lengua muerta y en labor de taracea; y por allí cerca anda el desdichadísimo autor de la disparatadísima etimología del último Diccionario. No hay palabras con que expresar lo vergonzosa que es esta parte de ese esperpento vergonzoso.

Si la Academia fuera lo que debería ser, haría más en ella un Menéndez Pidal —este sabe lo que trae entre manos— que veinte ilustres escritores, por primorosamente que escriban éstos. Pero... no; si la Academia fuera lo que debería ser, no sería nada, es decir, no existiría.

Si, pues, usted, al proponer á Palacio Valdés para académico de la Lengua, quiere rendir á este nuestro admirado novelista un tributo de admiración, está bien, uno mi voto al de usted. Pero no lo uno en lo substancial de la proposición, en pedir que entre en la Academia, porque ni

esto añade un ápice á su prestigio, ni creo que á D. Armando le importen las dietas.

Es menester que no demos importancia alguna á las cosas de la Academia, y que nadie se ocupe, fuera de los mismos académicos, de quién ha de ocupar las vacantes que ocurran. La Lengua seguirá la marcha que haya de seguir, lo mismo sin Academia que con ella; y el estudio científico de la lengua se continuará también sin ella, tan bien o mejor que con ella: Eso es cosa que no debe importarnos.

Pero, por desgracia, aún se la atiende —sobre todo, cuando manda desatinos; y buena prueba da la Prensa, que ha adoptado servilmente la disparatada ortografía impuesta por esa Corporación. Y no logra uno escaparse de los regentes y correctores de pruebas, pues á mi mismo me largan cada «septiembre» y cada «subscriber», que tiembla el credo. Y, francamente, por oscuro que pueda algunas veces escribir, nunca escribo con «obscuridad» académica. Eso queda para «escriptores» académicos.

Es cuanto se le ocurre al respecto á su amigo, Miguel de Unamuno.

Otro testimonio de admiración al talento de un gran literato es el del periodista *Carlos Solsona*.

En el exaltado, demoledor e iconoclasta temperamento juvenil del futuro fundador de *Acción Española* asoma ya la transformación regeneracionista, en su apoyo decidido a *Palacio Valdés*:

Para Angel Guerra.

Su artículo y su carta me llenan de sorpresa. Pero ¡cómo! ¿No es académico Palacio Valdés? No me lo explico, no lo entiendo. Sólo en fuerza de pensar, llego a la hipótesis de que el gran novelista no pertenece á la Academia por no haberlo pretendido. Pero esta suposición me pone melancólico. Es bien triste que para ir a la Academia de la Lengua, necesite llamar á sus puertas un Palacio Valdés, cual si fuera un político intruso, cuando lo digno y lo correcto sería que la Academia le llamase. Ramiro de Maeztu.

El escritor y militar valenciano *José Ibáñez Marín*, que pocos años después moriría en Africa, en el ataque del Atalayón, se manifiesta en una forma muy adecuadamente castrense: «Creo yo que *Palacio Valdés* es todo un general de nuestra literatura contemporánea, acreedor, ¿quién puede dudarlo?, a ocupar un puesto en la Academia, especie de gran Estado Mayor de los que dicen bien manejado el habla nuestra con bizzarrías artísticas».

El dramaturgo y futuro académico (a partir de 1921) *Manuel Linares Rivas* une su voto a «la indiscutible candidatura del autor de *La Hermana San Sulpicio*».

El 29 de octubre de 1904 la «campana» es un auténtico éxito periódico. La primera página de *El Globo* está dominada por los testimonios de las más importantes plumas del momento. *Angel Guerra* encabeza la portada con una carta «abierta»:

EL GLOBO

Diario Independiente.

SEMANA SANTA. 5. MARZO. TELEFONO. 770

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Número sueldo 3 reales
Año sueldo 30 reales

ESCUUELAS Y ALUMNOS
NÚMERO SUELDOS 3 admiñion
ANUAL 30 admiñion

Este número se ha impreso antes de las doce de la noche.

A DIMITIR

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

La revisión arancelaria

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

COBRO DE COMANDANTES

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

Armando Palacio Valdés

Carta al señor...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...
El Sr. D. Juan de Dios...

Carta sin sobre.

Sres. D. Juan Valera, D. José María de Pereda y D. Benito Pérez Galdós.

Maestros y amigos: Llevan estas letras encargo de testimoniar a ustedes, en primer término, mis devociones de lector. Quiere á la vez que ellas avisen á ustedes del vivo ímpetu de simpatía con que la gente de pluma pide honores académicos para D. Armando Palacio Valdés, maestro, como ustedes, de la novela española contemporánea, y como hermano de letras en vuestra estima y cariño. La glorificación popular, que conocéis por haberla merecido largamente, también él con vosotros la comparte á escote. Justa es la merced de ese lector anónimo, cuyos favores muchos buscan y pocos alcanzan, y es pago al arte recio en creación y bello en el gentil hablar. Falta al compañero y amigo, con abolengo que acreditan sus méritos literarios como «Marta y María», la consagración oficial de aposentarle hidalgamente en la Academia Española, que para este linaje de varones con peregrino ingenio, y no para los caballeros cruzados en la política, la regia admiración mandará estatuir.

Fía y confía la gente de letras en que ustedes harán la presentación del candidato, más atentos á la voz de la sangre artística que blandos en complacer solicitudes de extraños.

Y explicada la visita de esta carta, reverentemente se despide de ustedes, besándoles las manos, Angel Guerra.

Y las cartas de contestación se acumulan en las columnas de *El Globo*.

Uno de los mejores especialistas en los matices del idioma, justa y dignamente recordado por el periódico *ABC*, el periodista *Mariano de Cavia* se une también a la convocatoria.

Imperturbable bajo su monóculo, el novelista *Antonio de Hoyos y Vineut (marqués de Vineut)* describe a la perfección con su brillante y sencilla prosa la obra de *Palacio Valdés*:

Era yo casi un niño cuando por vez primera saboreé con deleite los libros del maestro, y en mucho contribuyeron á mi amor por las bellas letras. Más tarde, cuando volví a leerlos, sentí acrecentarse mi admiración por el novelista insigne, por el cuentista ameno que, en su prosa fácil, sincera, gráfica, limpia de falsos preciosismos y de vulgares chabacanerías, prosa que tiene el frescor gentil de una conversación familiar, nos contó bellas historias que unen á la amenidad y al interés una cualidad inestimable: la de ser humanas.

El novelista gallego *Francisco Rovira Pita*, que hace unos meses ha abandonado el periodismo activo para dedicarse plenamente al partido conservador en la Secretaría Política de Don *Antonio Maura*, explica, de modo práctico, los entresijos de la Academia:

Soy en literatura «ministerial» ferviente de Palacio Valdés. Cualquier honor que alcance este escritor excelso, tendrá mi aquiescencia, y con ella mi aplauso y mi voto... Es lástima, sin embargo, que no haya mejor consagración del talento que la gloria académica. Una recepción aparatosa, una medalla al pecho, un sillón con una letra en el respaldo y unas prosaicas dietas, deben ser, para los que han llegado á las cimas lumino-

sas de la fama, rutinarias parvedades. Pero, en fin, no será Palacio Valdés el primero con quien se cometa la honrosa injusticia de hacerle académico.—Prudencio Kovira.

Claro que otros, como el catalán *Ricardo J. Catarineu*, que publica sus críticas teatrales en la *Correspondencia de España*, bajo el pseudónimo de «Caramanchel», tratan a la Academia más «enérgicamente»:

Palacio Valdés anda divorciado de la Prensa. Los periodistas, que alabamos frecuentemente á algunos majaderos, no recordamos al gran novelista todo lo debido. ¿Qué opino yo de él? Que, si fuera necesario matar á algún académico para que él ingresara en la Academia, no podía menos de absolver el jurado al matador.

Esto sería justo y plausible.—Caramanchel.

Menos «lapidario», el sencillo y bondadoso poeta malagueño *Arturo Reyes Aguilar* se «suma gustosísimo» al homenaje de quienes son «gloria y orgullo de la nación en que han nacido».

Una de las escasas voces discrepantes es la del abogado y periodista *Baldomero Argente*. Pero su disgresión es porque él mismo defiende la candidatura de uno de los «suyos», *Julio Burell*, en las páginas del *Diario Universal*, donde colabora desde 1903.

El burgalés *Angel María Castell*, subdirector de *ABC* desde su fundación se une a la convocatoria con un lamento literario:

Zola murió sin ser académico en Francia. Pí y Margall murió sin serlo en España. ¿Qué puede perjudicar á Armando Palacio Valdés, ni en qué mermar su legítima reputación literaria, el ser víctima de una injusticia como la cometida con aquellos dos grandes pensadores?—Angel María Castell.

El periodista y político donostiarra, colaborador de *El Pueblo* con *Blasco Ibáñez* y diputado por Valencia, acomete con su vehemencia acostumbrada:

Honra mucho á usted proponer cuanto venga en honra y gloria de un artista nacional; lo natural sería que pusiera usted su esfuerzo en rebajar y empobrecer á los pocos héroes que aún trabajan en la redacción de este casuco grietado por la envidia, que se llama España.

Ahora bien, el hosco «león de Albrit» de la novela española, el Palacio Valdés torvo y nebuloso, ¿aceptará el uniforme de académico? Yo creo que no y me alegraría de ello.

¡Perdería su patina de intensa melancolía, su costra de fiereza, de admirable desprecio por el mundo!

Para mí fue grande Daudet por no haber querido nunca ser académico. Zola tuvo un lunar en su vida: el de querer serlo.

Palacio Valdés, trasplantado al Refectorio Académico, me recordaría al león de Tartario, desdentado y ciego, que pide limosna á la puerta de una mezquita argelina.

Organice usted otro agasajo que sea digno del gran artista, pero... académico ¡nunca! ¡Antes moro!—Rodrigo Soriano.

El escritor y fino humorista *Luis Taboada*, que es de los primeros en unirse a la iniciativa, le dedica uno de sus preciosos relatos en las páginas de *ABC* (el 3 de noviembre de 1904):

LA VIDA EN BROMA. PELLEJIN, POETA Y CUASI ACADEMICO.

Puede decirse que Pellejín cuenta ya con el cariño entrañable de *Maura*. Nuestro joven diputado es uno de los que más se distinguen como jaleador del Presidente del Consejo. En cuanto éste se levanta para pronunciar una de sus grandilocuentes oraciones, Pellejín se dispone a intercalar «bravos» en el teatro, exclamando a toda voz para que le oiga el jefe: «¡Qué hombre! ¡Qué inteligencia! ¡Qué figura!».

.....

Noches pasadas fue, como de costumbre, a visitar a su jefe, y el efecto que causó entre todos los allí reunidos, no ha podido ser más grato.

.....

—Y ahola que ha salido la convulsación, ¿puedo contar con el voto de usted, señor Presidente?

—¿Mi voto? ¿Para qué?

—Pala la Academia Española. Quisiela presental mi candidatula en frente de la de Canalejas.

El Presidente guarda silencio; después, pretextando que se tenía que acostar, porque le dolía una muela, saludó a sus súbditos y fué, mientras decía Pellejín con acento de profunda convicción:

—No cleo que sea un desatino lo que pletendo. ¡Cuantos hay en la Academia que no tienen mis títulos!

.....

La candidatura de Pellejín para la Española cuenta, hoy por hoy, con gran número de probabilidades.

Luis Taboada.»

El periodista albaceteño *José Estrañi*, director de *La Voz del Cantábri-co*, formaliza su voto en pro con una de sus habituales humoradas.

Al célebre médico, comediógrafo y poeta festivo asturiano *Vital Aza*, la idea de reconocer los méritos de su amigo y paisano *Palacio Valdés* le parece, naturalmente, oportunísima.

El «*Sastre del Campillo*» está conforme con la candidatura aunque se lamenta de que no hubiera, también, otro sillón vacante para el gran sainetero *Ricardo de la Vega*.

Miss-Teriosa siente que la medalla académica sirva a los jefes de partido para consolar a los candidatos derrotados en las elecciones y se aterra ante la hipotética candidatura de *Romero Robledo*. (Político que, como se sabe, se precia de no haber entrado jamás en el Museo de Pinturas y de no haber leído siquiera un tomo de la Biblioteca de Autores Españoles).

El periodista *Miguel Moya* se pregunta a su vez si *Armando Palacio* quiere ser académico.



10. Vital Aza.

«Escribiendo es el primero,
y es su fama colosal,
porque no hay un sainetero
con más gracia que Vital.»

Los hermanos *Serafin y Joaquín Alvarez Quintero*, que llegaron a pertenecer en su día a la Academia, se manifiestan dos apasionados y fervorosos admiradores del autor de *La alegría del capitán Ribot* y aplauden, naturalmente, la iniciativa.

El redactor político de *La Esfera, El Imparcial, La Correspondencia de España*, etc., el toledano *Fernando Soldevilla Ruiz* que, andando el tiempo, sería gobernador de Segovia, opina que «no sólo debe ocuparle (el sillón) en cuanto haya vacante, sino que debiera echarse de la docta casa a algunos que no tienen títulos para pertenecer a ella».

En su adhesión, *Alfredo Murga* explica que «gracias a estos incansables creadores, nos queda alguna identidad y, por consiguiente, algún oro puro todavía».

Carmen de Burgos, que popularizó el pseudónimo literario «Colombine», fue la única escritora que secundó el llamamiento:

Mi estimado compañero: Yo creo que no debe Armando Palacio Valdés aspirar á ocupar un puesto en la Academia Española; es la Academia Española la que debe aspirar á tener en su seno á Palacio Valdés.

De usted amiga y compañera, q.s.m.b., Carmen de Burgos Seguí.

El crítico *Pedro González Blanco*, que antes de que *Azorín* acuñara el término de «generación del 98» en *ABC* englobaba a los mismos autores en la «generación del desastre», no puede ser más claro y contundente en su reacción contra la Academia en representación de los jóvenes:

Sr. D. Angel Guerra.

Estimadísimo compañero: En realidad yo no estoy muy al tanto de lo que usted pretende. Creo haberle oído decir que se trata de arrastrar á D. Armando Palacio Valdés —en nombrando á este novelista mi espíritu se pone de rodillas— en el carromato de la sanción extraoficial hacia esa casuca que hay yendo para Vallecas á la siniestra mano donde se alberga, toda llagada y hecha una lástima, la lengua española.

Esto me parece una cosa absolutamente injustificada. ¿Para qué necesita D. Armando la Academia? ¿Qué va á hacer él al lado de Catalina y de Villaverde (no hay desolación comparable á eso), sino dormir beatamente en la calma de las tardes nubosas, bajo la monotonía de los informes y de los actos y de los discursos?

Otra cosa sería si el alojamiento de nuestro Santo Padre el lenguaje fuera, no un panteón, donde todos los ideales desfondados se recogen, sino una Academia, en el verdadero, en el helénico sentido de la palabra.

Es más, creo que nosotros, los jóvenes, debemos abstenernos de exaltar esa vana jerarquía, tan solo otorgada a unos cuantos señores inominados, con quienes la fisiología está haciendo, á diario, prodigios de equilibrio.

Ni la Academia significa nada, ni el estar atraillado con ciertos deleznable personajitos, vale gran cosa que digamos.

Hay ciertas reservas y ciertos silenciosos retiros, donde los espíritus que admiran —y considere usted que la admiración es un gran poder intelectual— saben levantar á los espíritus admirados, no edificios de ladrillo y cascote, sino mágicos alcázares, que tienen por techumbre el cristal de

los cielos y por columnas los pensamientos que se levantaron hacia Dios, como el humo de una lámpara votiva.

Ahora bien, como D. Armando seguirá siendo, con ó sin Academia, tan buen novelista como hasta ahora, que vaya y que se guarde de ciertos peligrosos contactos, y que en el discurso de recepción demuestre, que pruebas no le faltarán, la necesidad imperiosa de asesinar, artística y alevosamente, á la mayoría de los actuales prebendados (prebendado académico), por motivos de ornato y de saneamiento.

Es lo único que se me ocurre por ahora. Eso y desearle mucha salud y pocos dramas de Echegaray en la temporada que nos amenaza.—Pedro González Blanco.

Al excelente historiador del s. XIX, *Alfonso Danvila*, le parece acertadísima la candidatura: «pues bueno es que vayan alternando en aquella casa los literatos con los oradores y los políticos para que no se convierta la Academia en tertulia de hombres de Estado».

El popular novelista *Pedro Mata* responde categóricamente que ningún escritor debiera discutir la propuesta.

Marcos Rafael Blanco Belmonte, poeta y escritor cordobés, magnífico «cuentista» y redactor de *La Ilustración Española y Americana*, se muestra «conforme con toda conformidad».

Igualmente suma su voto el compañero *Alejandro Larrubiera*.

Un tanto desconcertante, pero llena de interés, es la contestación del poeta colorista malagueño *Salvador Rueda*. Semianalfabeto hasta los 18 años su obra es un «caso notable de intuición poética», de hallazgos rítmicos y de una estética basada en «adivinaciones fulgurantes». Por ello no es de extrañar su curiosa crítica a *Valdés* y al propio *Galdós* de servirse de la lengua castellana como de un instrumento exterior, de no estar «amasados con el idioma». He aquí su carta:

Mi admirado Angel Guerra:

Mi contestación á su amable consulta literaria es la siguiente: Merece por su talento extraordinario Palacio Valdés que le elijan académico; pero parece natural y lógico que, quienes como él, hace gala de despreciar la forma literaria, no quiera ocupar el sillón vacante en la Academia. A Palacio Valdés, no le sale el idioma de todo su ser como una esflorescencia de su espíritu, y no está en él como la coloración en un mineral, ó como la frescura en el agua, ó como el color en la luz: a Palacio Valdés no le nace el idioma de su complexión y entrañas artísticas, como le nacía á Zorrilla, á Castelar y como le nace á M. Pelayo, á Valera y á otros: Valdés, «se sirve de la lengua castellana como de un instrumento exterior», lo contrario de como ocurre en Bécquer que es una floración, y en Loti que es una floración, y en Daudet, Goncourt, Maupasant, Heredia, que es asimismo una virtud y condición «ineludible» de su alma de artistas. Tales Víctor Hugo, Shakespeare, Lamartine, Muset (incorrecto y todo) y todos los que en el mundo han sido «artistas literarios».

Galdós, así como Valdés, y otros hombres de gran talento, no tienen, en cambio, su intelecto, ni su espíritu, ni sus átomos corporales «amasados con el idioma»; su alma «va fuera á buscarlo» para vaciar en él su potencialidad anímica. Melindroso y descontentadizo es Valera, cuya plu-



11. Salvador Rueda.

«Con la pluma hace primores
y tiene su poesía
el aroma y los colores
de la hermosa Andalucía.»

ma parece un bruñidor, pero en él, como en Anatole France, eso no es reflexión, no es acto consciente, sino instinto, modo estético de ser. Creo que Zorrilla, «por instinto, por ceguera divina», dió nuevos modos melódicos al idioma, enriqueciéndolo hasta elevarlo á orquesta: era un hombre que, sin saber averiguar una etimología filológica, llevó dentro de sí, una Academia literaria. Estos hombres, que son literatos, como son morenos de color, ó rubios, próceres de estatura, ó bajos, tristes ó alegres, son los que yo creo que deben ser elegidos académicos (cuando sólo se trata de escritores, y no de investigadores y filólogos, hombres admirables también en las Academias).

A los Balzac, á los Tolstoy, á los Galdós, á los Valdés, creo yo que debe dejarles impávidos que los hagan sentar en sillones inmortales. No así á los Bauville, á los Flaubert, á los Gautier, á los Mendés y á todos aquellos cuyo cuerpo y cuya alma están batidos y amasados mil veces con su idioma nativo, el cual es en ellos (también Pereda y Alarcón) lo que es el óxido y la coloración en el mineral; un don y no un vehículo exterior.

Sabe usted cuanto le admira y quiere, Salvador Rueda.

Muchas fueron las cartas que se quedaron sin publicar no sólo de Madrid sino de periodistas de provincias honra de la Prensa española.

Buena muestra es el testimonio de J. A. Galvarriato, director del importantísimo *Diario de Valladolid*, publicado en *El Globo*, el 9 de noviembre de 1904, con su curiosa proposición de las dos Academias:

Yo creo que debiera haber dos Academias: una en que se velara por la pureza del idioma, con sujeción á las prescripciones de la Etimología; otra en la que se encauzara el desenvolvimiento y la transformación de la lengua, que al decir del gran Bardón, «se gasta como la suela de los zapatos».

A una Academia llevaría yo a los devotos del clasicismo, de la tradición, á los sabios en viejos idiomas. A la otra llevaría á los oradores, á los novelistas, á los poetas...

No habría oposición entre ambas Academias: la nueva admitiría las palabras, las frases, los giros que autorizaran con su uso escritores de indiscutible valer, y luego pasarían al sancta sanctorum de la lengua.

Esto evitaría, entre muchas, estas dos faltas de lógica que algunos novelistas, cuando escriben, no respetan los cánones que, como académicos, dictan para todos; y que la Academia nos imponga, por puras razones etimológicas, palabras como «subscripción», con la que nadie quiere estropearse la garganta, y la cual nadie usa al escribir.

Por su parte, desde el *Diario de la Marina*, José Félix Huerta cita unas palabras de Nicolás Fernández de Moratín:

«El sólido mérito debe hallar abierto el paso á las sillas académicas; no ha de facilitarlo el favor ni la súplica. La Academia, si ha de valer algo, necesita de los sabios, y éstos para nada necesitan la Academia.»

Lo que viene a demostrar que no hay tanta diferencia entre la situación académica de finales del s. XVIII y la de comienzos del s. XX, por lo que concluye el periodista contemporáneo:



12. Juan Valera.

«Escritor fino y correcto,
buen novelista y buen crítico
no tiene más que un defecto
el de ser hombre político.»

Para ello se necesitan hombres de voluntad firme, de talento probado y que sean verdaderamente literatos, como Palacio Valdés. Quédense los políticos y aristócratas —que no poseen méritos bastantes en la literatura— en las gradas del Trono ó en los escaños de las Cámaras y vayan los varones excelsos á ocupar el sillón para que les designan la opinión de los aficionados a las letras.

A su vez, los grandes maestros convocados no eludieron la cita con las columnas de *El Globo*.

El cordobés don *Juan Valera*, ya en sus últimos meses de vida, universal y cariñosamente respetado por los jóvenes que le rodean, explica que como académico no puede acudir al público sino hacerse valer en el seno de la Academia.

Sin embargo, el autor de *Pepita Jiménez* y de *Juanita la Larga*, deja expuesta clara y terminantemente su posición al decir:

«Entiendo yo además, que al elegir académico á esta o aquella persona, el voto que se le da no implica la presuntuosa afirmación de que sea el más digno quien la obtiene. Aunque la Academia está subvencionada por el Gobierno, y en cierto modo dependa del Estado, conserva no poca independencia; elige sin condiciones ni restricciones á quien más conveniente le parece elegir; y dista mucho de entender que sea el que elige el mejor entre todos los elegibles y que al elegirle le otorga algo a modo de un diploma oficial, de mayor excelencia y mérito entre los millones de personas que en el día de hoy cultivan las letras en España.»

Por su parte, el genial autor de *Peñas Arriba*, el santanderino *José M.^a de Pereda*, acudió también a la convocatoria de sus amigos:

Sr. D. José Betancourt.

Mi distinguido amigo: Aunque se trate, como se trata, en su carta del 30 del próximo pasado, de ejecutar un acto no sólo de justicia, sino de debida reparación, con el nombramiento de mi amigo muy querido y admirado, D. Armando Palacio Valdés, para ocupar un sillón, vacante en la Real Academia Española, por mi desgracia nada puedo hacer personalmente en el asunto, porque me lo impide el cruel padecimiento que me esclaviza desde el mes de Mayo último y me tiene forzosamente retraído en el más apartado rincón de mi casa.

Mande usted otra cosa más hacendera a su muy afectísimo amigo y servidor, q. b. s. m., J. M. de Pereda.

Por supuesto, don *Benito* no podía faltar al gentil compromiso en que le colocaba su discípulo, paisano, amigo y protegido *Angel Guerra*:

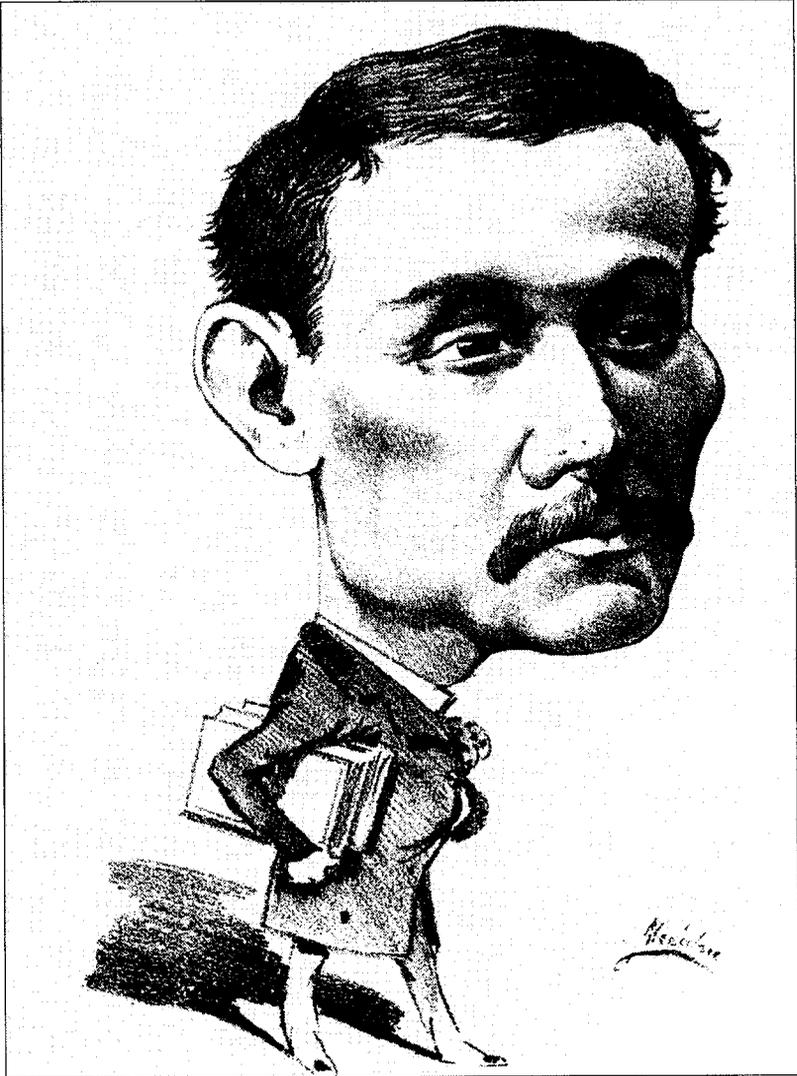
Mi querido Betancourt: Mi opinión sobre el caso extraño, incomprendible, de que Palacio Valdés no haya ingresado ya en la Academia Española, la sabe usted, y cuantos me conocen: tiempo hace que he manifestado, de diferentes modos, mi deseo de tener en aquella casa al amigo querido y admirado compañero. Puedo asegurar que muchos aca-



13. José María de Pereda.

«Montañés sencillo y franco
que no cesa de correr
de Santander a Polanco,
de Polanco a Santander.
Con lápiz inteligente
dibuja del natural
y ha adquirido justamente
un renombre universal.»

démicos piensan lo mismo. Falta la acción común, concertada y eficaz, la cual creo firmemente que será un hecho antes de poco tiempo.
Suyo afectísimo, B. Pérez Galdós.



14. D. Benito Pérez Galdós.

«Benito Pérez Galdós
no hay que perderle de vista
porque hoy es un novelista
que vale lo menos dos.»

Claro que ésta y otras interesadas maniobras de la Academia bien podían haber significado una premonición para el más grande de los novelistas españoles. Porque ¿cómo se iba a imaginar don *Benito* que su propia corporación y una gran parte de la España que bullía en sus Episodios, se iban a oponer a la concesión del Premio Nobel para el que había sido designado?

Pero, en fin, volvamos a 1904 y las páginas de *El Globo*.

La encuesta, la campaña, la convocatoria han llegado al final. El éxito ha sido clamoroso en lo tocante a la concurrencia y a la unanimidad en el sentir de escritores y periodistas.

Sin embargo, el voto de la Academia se mueve por otros derroteros. *García Alix*, aludido por *José Betancourt* en su carta «de cierre», fue periodista en su juventud, pero en su madurez llegó a Ministro de Instrucción Pública, de Gobernación y de Hacienda y... a qué seguir. Mejor quedan aquí las líneas del joven periodista de *El Globo* que ya ha aprendido a moverse entre la ilusión y los desalientos:

Sr. D. Armando Palacio Valdés:

Mi querido maestro y amigo: Doy remate, con esta carta, al empeño en que entré con tanto entusiasmo y salgo con alegrías y desalientos que he ido recogiendo al correr de los días.

Si no hubiese sido el respeto y la admiración que inspiran su nombre literario, menguadas fueran, á la hora presente, mis esperanzas, y fallidos quedarán mis propósitos generosos. Gracias que los méritos de usted escudaron mi modestia y que, en ayuda de mi opinión, vinieron las muchas y valiosísimas de la gente de letras, que aún no han vendido la primogenitura artística por el mísero plato de lentejas. De esta casta soy, y no es mi oficio, á Dios gracias, calzar espuelas á caballeros en son de adulaciones que buscan provechos, y tan estrecha me viene la casaca lacayuna, para muchos tal holgada, que si intentara ponérmela, se rompería por las costuras.

Habrá usted extrañado el silencio hecho en torno a su candidatura. Por ahí ha ido sonando un ¡chist! imponiendo calma, que hasta el ruido de las plumas túvose por desconsiderado y molesto. A fe mía, que tomo nota de este signo elocuente de los tiempos, y no seré yo el último en comentarlo á mi sabor y antojo en otro lugar y en más oportuna ocasión, que los cielos, siempre justos, han de deparar á mis ansias.

Nada se ha perdido. Por descontado, que si no entra usted ahora en la Academia Española, la tardanza no será larga, y para fecha próxima he de festejar ese nombramiento, si es que *García Alix* no tercia con su candidatura en un nuevo litigio.

Tengo para mí que habrá sido más de su agrado el testimonio de afecto y admiración hacia usted hecho por los mejores escritores españoles, que los honores oficiales, la glorificación académica, que insistentemente hemos venido pidiendo. El voto de la literatura nacional ha sido en favor de usted, y es notorio que el público ha tomado nota de ello.

Honra más la merced afectuosamente dada que la limosna con ahínco pedida. Y usted no ha solicitado la consagración académica. Yo he metido su nombre en estos trotes, y á la responsabilidad de mi culpa me atengo. Algo provechoso, sin embargo, ha resultado de esta campaña. Conjeturando bien, por ideas que he oído, casi puedo adelantar que en el

primer sillón vacante irá á aposentarse en la Academia Española. llamado usted á su seno por sus compañeros y amigos, y al honrar á usted, ellos también serán honrados.

Y pongo punto. Si culpa usted en mí la indiscreción, deje á salvo mis devociones artísticas por el admirado maestro que engrandeciera la novela española contemporánea. Aquí su nombre.

Y es su siempre amigo, Angel Guerra.

Rebosante de cordialidad y honradez, el hombre que escribiera que «el artista no debe abdicar jamás de su independencia y no se le debe exigir más que sinceridad», muestra su emoción por este homenaje único, por lo inesperado y por lo espontáneo.

Sr. D. José Betancourt.

Mi querido amigo: Razón tiene usted en suponer que me habrá lisonjeado el favorable testimonio que han querido darme los mejores escritores de nuestra patria, gracias á su generosa iniciativa. Me lisonjea y me confunde. Los artistas son los que en definitiva otorgan la gloria a los artistas. Mucho se habla de las pasiones que reinan en el mundo de la literatura. En mi ya larga experiencia no he podido comprobar que sean más tristes y censurables que las que surgen donde quiera que los hombres se reúnen con cualquier propósito. Por el contrario, he llegado á persuadirme de que son los literatos los que en nuestra sociedad conservan más vivo el sentimiento de la justicia. Ha bastado que ilusoriamente me hayan creído víctima de una injusticia, para que muchos grandes escritores, olvidando en casa sus coronas, se hayan lanzado á la calle en mi defensa. O será tal vez que aprovechando el pretexto de una vacante en la Academia, se complazcan en resarcirme de un silencio que ha sido mi mejor compañero y el más eficaz colaborador de mis humildes trabajos.

De todos modos, hay aquí una equivocación, hija de una excesiva generosidad. Guardamos vivo, sí, en nuestros corazones el sentimiento de la justicia; pero guardémoslo para ocasiones más altas. Quizá llegue un día triste en que sea necesario. Entonces, cuando el egoísmo calle, cuando los otros tiemblen que sea un literato como ha sido en Francia, como es en Rusia, quien, despreciando su gloria, su tranquilidad y su vida se arroje con celestial quijotismo, en defensa de la verdad ultrajada.

Reciba usted, amigo mío, y reciban esos insignes maestros y compañeros que han querido honrar á este obscuro escritor, el testimonio de su gratitud eterna.—A. Palacio Valdés.

* * *

D. Armando Palacio Valdés fue elegido, finalmente, Académico de la Lengua en 1906 en la vacante producida por la muerte de *José María de Pereda*.



15. D. Armando Palacio Valdés.

«Crítica con arte y escribe novelas
que el público acoge con gran interés.
(temo que de feo le duelen las muelas
al buen D. Armando Palacio Valdés).»

INDICE DE AUTORES PARTICIPANTES EN LA CONVOCATORIA

ACEBAL, Francisco
 ALTAMIRA, Rafael
 ALVAREZ QUINTERO, Serafín y Joaquín
 ARGENTE, Baldomero
 AZA, Vital
 BAROJA, Pío
 BLANCO BELMONTE, M. E.
 BLASCO IBÁÑEZ, Vicente
 BURGOS SEGUÍ, Carmen de
 CANALS, Salvador
 CARAMANCHEL
 CASTELL, Angel María
 CAVIA, Mariano de
 DANVILA, Alfonso
 DOCTOR FAUSTO, El
 ESTÉVANEZ
 ESTRAÑA, José
 FERNÁNDEZ VILLEGAS, F.
 GALVARRIATO, J. A.
 GARRIDO, A.
 GÓMEZ DE BAQUERO, F.
 GONZÁLEZ BLANCO, Pedro
 GUERRA, Angel
 HOYOS Y VINENT, Antonio de
 HUERTA, José Félix

IBÁÑEZ MARÍN, J.
 LARRUBIERA, Alejandro
 LINARES RIVAS, Manuel
 LÓPEZ BALLESTEROS, Luis
 MAEZTU, Ramiro de
 MATA, Pedro
 MEDINA, Vicente
 MISS-TERIOSA
 MOYA, Miguel
 MURGA, Alfredo
 NOGALES, José
 PALACIO VALDÉS, Armando
 PALOMERO, Antonio
 PEREDA, José María
 PÉREZ GALDÓS, Benito
 REYES, Arturo
 ROVIRA, Prudencio
 RUEDA, Salvador
 SÁNCHEZ PÉREZ, Antonio
 SASTRE DEL CAMPILLO, El
 SOLDEVILLA, Fernando
 SORIANO, Rodrigo
 TABOADA, Luis
 UNAMUNO, Miguel de
 VALERA, Juan

BIBLIOGRAFIA Y FUENTES

Angel Guerra, *Palacio Valdés*.
 Antonio Cabrera Perera, *Angel Guerra. Narrador canario*.
 Agustín de la Hoz, *Lanzarote*.
 Pedro González Sosa, *El Eco de Canarias*.
 Correa-Lázaro, *Literatura española contemporánea*.
 Varios, *Historia del periodismo español*.
El Globo. 1904.
La Epoca.
 ABC.
El Diario de Valladolid.
El Diario de la Marina.
La Ilustración Española y Americana.
Caricatura.
Celebridades, etc.
Archivo del autor.

